



“Historiografía europea”

p. 84-122

Martín Quirarte

Historiografía sobre el imperio de Maximiliano

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1970

268 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 9)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2019

Disponible en:

[www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/127/
historiografia_imperio.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/127/historiografia_imperio.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



En una época poco alejada puede ser,
un Michelet o un Prescott podrá ex-
traer de ellas una obra maestra.

ALBERT HANS



HISTORIOGRAFÍA EUROPEA

Quien pretenda hacer la historia de la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano recurriendo a fuentes europeas, se encontrará con un material tan rico como variado. Para un buen estudio de tal tema podríamos hacer tres divisiones. En primer término destacamos la obra de los defensores de México en Europa, así como la de sus detractores. Debemos hacer también alusión a la hemerografía que se refiere a cuestiones mexicanas, con criterio favorable a la república o a la monarquía. Finalmente, nos encontramos con las obras de personajes que fueron testigos de los acontecimientos por haber tomado participación directa en ellos o, que siendo contemporáneos de los mismos, escribieron desde una perspectiva próxima o lejana.

Es la *Correspondencia de la Legislación Mexicana en Washington*, publicada por don Matías Romero, la que nos da los más amplios datos sobre las actividades del Cuerpo Legislativo de Francia. La misma fuente nos permite estudiar con todo detalle los debates que tuvieron lugar en el Senado español, con motivo de la conducta del general Prim en México.

La *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington*, es también un rico venero de información, para conocer el punto de vista del periodismo europeo y americano sobre las cuestiones de México.

En el primer año de la invasión armada, entre los franceses adversarios de Napoleón III y su política se distinguió Edgar Quinet. Por la penetración de sus juicios, por la brillantez de su estilo literario y por la vehemencia con que luchó por la justicia, Quinet tiene derecho a un puesto de primer orden entre los defensores de México.

Era Quinet un atrevido explorador de las ideas, sus dotes de filósofo y de historiador estuvieron al servicio de las causas nobles. Expulsado de Francia, redactó en Suiza un folleto que fue publicado por primera vez en Londres con el título de *L'Expédition du Mexique*. En él declaraba que en otro tiempo (1781), Francia había ido al Nuevo Mundo para ayudar a un pueblo a obtener su libertad y su independencia mientras que en 1862 era esa misma Francia la que desembarcaba en América para cometer un atropello. Si con Lafayette y Rochambeau se había soñado con lograr la libertad de un continente, en 1862 se aspi-

raba a reducir a todo un continente a la esclavitud o por lo menos a la servidumbre. Y si se iba a México no era para permanecer allí.

Un antiguo Saint-simoniano [¿Michel Chevalier?] hoy consejero de Estado, nos ha hecho notar casi oficialmente que México toca por Acapulco al Japón y a China. ¿Habrà nada más fácil que colocar esta mitad de la esfera en el hueco de la mano? ¿Tender una sola cadena alrededor del mundo, de París a México, de México al Japón, no es también una idea napoleónica? Aún se avanzaría más en esa tentativa de expansión. Nueva Granada, Venezuela, El Ecuador, Perú, Chile, Buenos Aires y Montevideo en poder de los franceses. ¿Qué opondría el espíritu de Bolívar al de Bonaparte? Este solo nombre hará caer las ciudades. Cuando los reinos napoleónicos sustituyan a las repúblicas meridionales, la tierra guardará silencio, será entonces hermoso plantar el estandarte del Dos de Diciembre sobre las cordilleras. Él habrá dado la vuelta al mundo. Del Perú al Uruguay, las repúblicas del sur irán a reunirse a la República de 1848. Un soplo napoleónico las dispersará, las borrará del mundo, esta supresión de la vida política sobre la mitad de un continente se llamará el gran acto de 1862.¹

Mas ésta era una manera irónica de comentar los designios de Napoleón. Quinet tenía la plena convicción de que las fuerzas de Francia se gastarían inútilmente sacrificadas a una quimera, el ensayo por crear una monarquía fracasaría miserablemente.

Como no era México el único país ambicionado, sino que aspiraba a dominar los países hispanoamericanos y a desmembrar a los Estados Unidos, Francia no iba de ninguna manera a defender la libertad, sino que dirigía un golpe al corazón de las dos Américas. Mas el país invasor había encontrado en México una resistencia tan heroica como tenaz.

La geografía se rebelaría contra la empresa napoleónica. No podrían permanecer los franceses en los litorales mexicanos como en los de Argelia. Era preciso penetrar al interior. Para ocupar todo el país no bastarían 30,000 hombres. Harían falta 100,000. Era muy difícil combatir a quienes luchaban como guerrilleros. Y esto en el supuesto caso de que México estuviese solo. ¿Qué sucedería si recibiese ayuda de los Estados Unidos? “Esos hombres fogueados por la guerra civil, no aceptarían sin murmurar la servidumbre que jamás han conocido... Una vez más tened

¹ Edgar Quinet. *L'Expédition du Mexique*. Londres, W. Jeffs, 1862, pp. 10-11.

cuidado. Atentar abiertamente contra la libertad y la democracia de Estados Unidos es cosa seria.”²

Por otra parte, aquellos franceses no combatían por una cuestión de honor ni por un asunto de gloria, sino por el capricho de un hombre. Los que en esos momentos aplaudían a Napoleón por creerlo poderoso, serían los primeros en condenarlo cuando dejase de serlo. Finalmente, creía Quinet que no tenía derecho a guardar silencio; si una parte de su vida la había pasado defendiendo la causa de las nacionalidades por nacer, ¿podría permanecer impasible ante los atentados hechos contra las nacionalidades ya constituidas?

Precisa afirmar que es muy valiosa la bibliografía europea, particularmente la francesa, que se publicó sobre la intervención y el Imperio de Maximiliano. La calidad y la importancia de los libros no es uniforme. Tenemos desde las simples informaciones militares, hasta las obras más acabadas desde el punto de vista de interpretación de una época. No falta incluso la narración picaresca llena de colorido. En este último género Emmanuel Domenech tiene un lugar distinguido entre los viajeros franceses que escribieron sobre México. En su libro *Le Mexique tel qu'il est*, se mantiene una amenidad desde la primera hasta la última página. Sus relaciones sobre las costumbres de los religiosos y la vida cortesana, hacen pensar que el abate estaba más cerca de la gracia de Rabelais que de la severidad científica de Tocqueville. Sin embargo, no todo es ironía. Hay momentos en que los juicios del escritor se distinguen por su precisión. Quien trató con gran intimidad a Maximiliano y Carlota, penetró en muchos de los secretos de los emperadores; su condición de director de prensa y de representante de Maximiliano en Europa, le permitieron enterarse de los asuntos públicos con bastante profundidad. Otra obra importante de Domenech para comprender la época es la *Histoire du Mexique*.

Gracias a los escritos de autores como Loizillon, Kératry, Niox, Du Barail, Hans y Blanchot podemos seguir el desarrollo de las campañas militares y penetrar en los campamentos, sondear la psicología de los jefes, comprender las angustias y las alegrías del soldado. Algunos de estos hombres además de sus descripciones bélicas, fueron autores de importantes estudios sobre los

² Ob. cit., p. 29.

problemas sociales, políticos y económicos del México de su tiempo. Casi todos ellos manejaron con admirable maestría la lengua francesa y no faltó quien poseyese hasta cierta capacidad para percibir el porvenir.

La historia militar escrita por los franceses es de importancia capital. No se incurre en hipérbole si se afirma que ésta no ha sido objeto de una rigurosa interpretación mexicana. Además de los estudios franceses es preciso tomar en cuenta los trabajos hechos por militares y civiles europeos de diversas nacionalidades, que tomaron participación en los sucesos de la intervención.

Tema particularmente difícil de la historia del Imperio de Maximiliano, son los sucesos que tuvieron lugar en Querétaro, desde la llegada de éste a la ciudad levítica hasta la fecha de su fusilamiento. La narración de este periodo de tres meses ha sido objeto de numerosos libros mexicanos y extranjeros. Escritores de todas las tendencias han abordado el tema; pero falta la voz de una crítica ponderada, que hable del conjunto de los hechos en una forma equitativa.

El trabajo de Samuel Basch, *Recuerdos de México* es de importancia capital para narrar los acontecimientos que van desde finales del 66 hasta la fecha en que el cadáver de Maximiliano fue conducido a Europa. Ha sido fuente de consulta de obras posteriores, *Un ensayo de Imperio* de Emmanuel Masseras o el *Maximiliano íntimo* de José Luis Blasio.

El doctor Basch ha hecho a la historia el inmenso servicio de exhibir a Maximiliano en multitud de ocasiones tal como era. Se propuso hacer su apología, pero deslizó algunos juicios que ciertamente no honran la memoria de Maximiliano.

Subleva, sin duda alguna, el profundo odio que sintió Basch hacia México y los mexicanos. Arrebatado por la indignación, Hilarión Frías y Soto refutó en un estudio la obra del doctor Basch. Ciertamente que en tal trabajo se alternan las reflexiones valiosas y los juicios desorbitados.

Débase al príncipe Félix de Salm Salm la obra titulada *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*. Era deseo del archiduque que el referido autor hiciese la historia de su imperio. Si el oficial designado para este cargo no cumplió con la misión de una manera integral, hizo sin embargo, una narración de los tres meses del sitio de Querétaro. La obra es tan parcial y tan anti-mexicana como la del doctor Basch.

Agnes de Salm Salm, esposa del autor anterior, publicó *Querétaro. Apuntes del Diario de la princesa*. Era la singular mujer un espíritu dotado de sensibilidad artística. En sus narraciones se alternan los relatos históricos y las ficciones, por lo que el lector debe mantenerse en guardia frente a sus juicios.

Después de resistir las calumnias de Samuel Basch y los desahogos de Salm Salm, pueden examinarse con satisfacción los serenos juicios de Alberto Hans. El autor no se muestra imparcial, pero sabe tratar con dignidad a los republicanos. Su brillante estilo literario hace recordar lo que un día se dijo de Bernal Díaz del Castillo: “Las grandes plumas soldadescas tienen uno de los caracteres más destacados del verdadero artista. Detestan la pomposidad y el énfasis. Llegan a la emoción épica por los caminos de la naturalidad.”

El libro de Hans, *Querétaro. Recuerdos de un oficial del emperador Maximiliano* no es propiamente una historia, pero podría aplicarse a dicho trabajo el mismo juicio que empleó su autor cuando habló más tarde de este género literario. Se trata de estudios que sirven para dar precisión a la historia, mientras pueda llegar un Michelet o un Prescott, que sepa hacer con estos materiales una obra maestra.

Además, Alberto Hans al escribir su folleto *La guerre du Mexique selon les mexicains* logró el único estudio de crítica que se ha hecho sobre la historia militar mexicana del periodo de la intervención francesa. En él campea el buen sentido y la ponderación. Tiene la obra otro mérito, la edición de 1899 fue escrita en una forma muy objetiva, ningún rincón de ella está obscurecido por prejuicios políticos.

Obra de valor singular es la de Henri Loizillon titulada *Lettres sur l'expédition au Mexique publiées par sa soeur*. No se propuso escribir un libro sino redactar cartas familiares. Pero éstas alcanzaron aun en vida de su autor una extraordinaria importancia.

Loizillon no tenía la imaginación y la sensibilidad poética de algunos de sus contemporáneos que visitaron entonces México. Pero esto lejos de constituir una limitación, contribuyó a darle robustez a sus apreciaciones. Sin proponérselo dejó un tesoro documental que está reclamando una interpretación rigurosa. Sereno, reflexivo, equilibrado supo penetrar al fondo de las cosas. Sus principios eran liberales y por tanto le fue antipático el clericalismo que encontró en México. Vio además en la empresa

de Napoleón una aventura condenable y aconsejaba el abandono de la misma.

Sobre el periodo que estamos examinando, Charles François du Barail escribió una de las obras de mayor atractivo. Soldado en Argelia, coronel en México, general después, llegó a ocupar el puesto de ministro de Guerra en este país. Durante la época en que ejerció su ministerio tuvo lugar el sonado proceso hecho al mariscal Bazaine.

Cuando Du Barail redactó sus *Memorias* en tres volúmenes, es claro que no se propuso sólo hacer referencia a sus actividades en México. Pero el segundo tomo y parte del tercero los dedicó a cuestiones mexicanas. Sus páginas tienen todo el *charme* de la literatura francesa. Ya no eran sólo el África y el Oriente, los mundos que fascinaban a la mentalidad gala. Se abrían nuevos cauces al exotismo. América proporcionaba motivos de inspiración para el arte. Intérprete de ese sentimiento, por lo exótico, fue Du Barail. Entre los soldados franceses que escribieron sobre México quizá nadie lo igualó en inspiración literaria, fue un verdadero poeta en prosa. Sin embargo, no se puede poseer todos los dones, la capacidad de Du Barail como sociólogo y cronista, no estaba a la altura de su sensibilidad artística.

Menos elegante en la forma que Du Barail, pero con mayor poder de síntesis y de análisis, Charles Blanchot acertó a lograr con *L'Intervention Française au Mexique* una espléndida visión sobre la época. Obra muy bien arquitecturada, el autor tuvo la fortuna de hablar sobre los sucesos más de cuatro décadas después de la fecha en que tuvieron lugar. Aunque la mayoría de las páginas de la obra de Blanchot, se refieren a cuestiones militares, su autor no evade los juicios políticos. Hace además un estudio preliminar sobre los antecedentes de la intervención, habla de la vida social y las vicisitudes del imperio. Algunos detalles de la vida íntima de Maximiliano y Carlota los conocemos gracias a sus confidencias.

Blanchot hace ligeras referencias a la conducta del gobierno republicano y a la resistencia de las guerrillas. Pero corresponderá a Emilio Ollivier, la gloria de redactar entre los franceses, el estudio de conjunto más justo y ecuánime sobre la intervención y el imperio.

Pasamos ahora a examinar los trabajos que nos dan una amplia visión de la época. Algunos de ellos fueron hechos poco después

del drama imperial. Otros están redactados desde una distancia más lejana de los acontecimientos.

El español Pedro Pruneda el mismo año del fusilamiento de Maximiliano, publicó su *Historia de la guerra de México, desde 1861 a 1867*, sin duda alguna uno de los libros más completos que se publicaron en Europa sobre la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano. Se debe a Miguel León-Portilla un valioso estudio sobre el autor y su obra.³ De sus investigaciones se desprende que Pruneda era un peninsular que se dedicó al periodismo, la política, la historia y el magisterio. Perteneció a las altas filas del liberalismo español y fue de los partidarios del general Prim. Creyó que la libertad ultrajada en el Viejo Mundo encontraría asilo en América. Admiró a Juárez y a los defensores de la República. Si creyó en México, su esperanza en nuestro país no era una admiración irreflexiva. Ponderó el peligro de los Estados Unidos y consideró también que la incultura de los grupos indígenas era un obstáculo que impedía el desarrollo nacional. Mas creía que México acabaría por vencer los escollos que pretendieran frenar su progreso.

Después de sintetizar las ideas centrales que se extraen del ensayo de León-Portilla, procedamos a efectuar otras consideraciones en torno a la obra de Pruneda. El autor es sin duda alguna el europeo que con mayor penetración estudió la historia de México anterior a 1861. Reunió por otra parte una documentación que en su tiempo sólo pudo ser igualada por Eugène Lefèvre.

Mas es necesario señalar que Pedro Pruneda incurrió en inexactitudes en las que también incurrieron muchos liberales mexicanos de la época. Habló del llamado imperio e hizo referencia a la “república restaurada” sin reparar en la paradoja que tal afirmación entrañaba. Si no había habido imperio, propiamente no podía hablarse de restauración de la república. Es curioso ver cómo el vocablo república restaurada, es usado el propio día de la entrada de Juárez a México. Cien años después del triunfo de la República el término sigue circulando como moneda corriente, aun entre los profesores de historia y algunos historiadores de muy grande fama.

Es preciso una aclaración. ¿Qué entendemos por imperio? Si se

³ Consúltese: *Estudios de la historia moderna y contemporánea de México*, publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México. México, vol. II, 1967. El artículo de León-Portilla se titula: “El historiador Pedro Pruneda y su olvidada obra sobre la guerra de intervención.”

entiende por imperio lo que creyó Napoleón III, un país capaz de vivir por sí mismo y de hacer frente al desarrollo gigantesco de los Estados Unidos, entonces no hubo imperio mexicano. En este sentido sí es válida la frase de Carlos Pereyra: “El Imperio Mexicano nació muerto, el jefe del Estado francés, *el primer soberano de su siglo*, puso un feto en las manos dispadoras del archiduque.”

No hay documentos que prueben que entrase en los propósitos de Napoleón III permanecer indefinidamente en México. Quiso proteger la formación de un gobierno monárquico y una vez que éste tuviese vida propia, dar órdenes para proceder a la retirada del ejército francés. Si analizamos el pensamiento napoleónico en su forma más estricta, hay que llegar a la conclusión de que la “gran idea” no se convirtió jamás en realidad. Mas nunca hay que olvidar que en aquellos tiempos, no existía aún el cuerpo de un estado mexicano. Había eso sí, dos grupos que se disputaban la preeminencia política del país, unos luchaban por la república, los otros por la monarquía. En ese sentido no puede negarse la existencia del imperio, y hay que hablar del triunfo de la República y no de su restauración.

El mismo año de la publicación del libro de Pruneda se publicó *L'élevation et la chute de Maximilien* del conde Emile Kératry. Antes de proceder al análisis de los juicios del escritor francés, no hay que olvidar dos hechos esenciales: fue el autor, enemigo de Napoleón III y se propuso entre otras cosas hacer la defensa y justificación del mariscal Bazaine, al cual estuvo subordinado en México. Precisa también examinar otro trabajo de Kératry: “La contre-guerrilla française au Mexique”, publicada por la *Revue de Deux Mondes* el año de 1865 y reeditada después en forma de libro en 1869.

Tiene Kératry un maravilloso poder descriptivo y gracias a él puede reconstruir con brillante resultado la campaña librada en la zona tórrida por la contraguerrilla francesa en persecución de los republicanos. Nació ésta por voluntad expresa del general Forey, siendo puesta bajo el mando del coronel Dupin. Kératry prestó en ella servicios importantes. Si queremos conocerla es preciso decir quién era su jefe y cómo estaba integrado este cuerpo irregular. Kératry traza con dos plumadas la silueta de Dupin.

El coronel Dupin tiene cincuenta años, aunque parece de más edad. Su cabeza da la impresión de estar audazmente colocada sobre sus anchos hombros, su frente denota inteligencia, la nariz

es aguileña, la barba y los cabellos blancos, los ojos dulces y amenazantes alternativamente, tiene un cuerpo ligeramente encorvado y un poco obeso.

Usa sombrero mexicano, sin corbata ni chaleco, un capote rojo o negro de coronel, pantalón blanco de grandes pliegues, calza con botas amarillas a la escudera con espuelas del país, lleva ocho o nueve condecoraciones en el pecho, un revólver al lado y un sable experimentado colgado a la silla. Tiene como costumbre no desnudarse jamás para dormir.

En cuanto a su aspecto moral trataremos de hacer un esbozo con imparcialidad.

Hijo de una familia legitimista del mediodía de Francia, ha rehusado los más brillantes puestos en el extranjero, por amor a la bandera tricolor. Educado en una escuela de jesuitas y en la Universidad, niño terrible fue expulsado de los dos centros docentes, pasó después a la escuela politécnica de la cual salió habiendo ocupado en ella los primeros lugares.

Demasiado acalorado para guardar rencor; tan educado con sus comensales como con los prisioneros que va a fusilar. Demasiado amigo de la popularidad, pero poco cuidadoso de la opinión pública; de una rara inteligencia; no desesperando jamás: escribiendo día y noche en un estilo taimado y lleno de colorido, ávido de movimiento; capaz de sujetarse a todas las alegrías como a todas las privaciones; insensible a la fatiga; amable conversador con el desaliño cortés de Juvenal; inspirándose demasiado en su autor favorito, Maquiavelo, en su vida política y militar como en su vida privada; utilizando todos los medios que él cuenta para marchar a su objetivo, contando demasiado con lo imprevisto, que frecuentemente lo favorece; de una gran prodigalidad, despreciando sin embargo la riqueza. Después de haber estado comprometido para la venta de su museo en China, a pesar de su buena hoja de servicios militares, vino de la manera más natural para tomar parte en el triunfo. Acaba de recibir la cruz de comendador de la legión de honor.⁴

Al enterarse de la descripción hecha por Kératry, el propio Dupin hizo algunas observaciones.

Gracias, mi querido Kératry, por el retrato que ha querido hacer de su viejo coronel. Se dice que no se conoce uno a sí mismo, es verdad yo no hubiera podido trazar el retrato que Ud. me ha hecho. Por lo que veo, no le agrada Maquiavelo. Lo lamento, eso es todo.

⁴ Émile Kératry. *La contre-guérilla française au Mexique. Souvenirs de terres chaudes*. París, Librerie Internationale, 1869, pp. 312-313.

Es un hombre muy hábil y útil; sobre los otros que se sirven de él como yo lo hago, tengo la ventaja de contar con el valor para confesar mi opinión y de decir en voz alta que es el hombre más honesto que yo he conocido.⁵

El esbozo de Kératry no deformó el modelo, pero para una mayor exactitud se reclamarían ciertos retoques. Es preciso hablar de toda la crueldad, de toda la maldad que empleó este jefe en la persecución de los republicanos. Para el lector sagaz, muchas páginas de la contraguerrilla francesa, le proporcionan material para una comprensión más exacta de este personaje tenebroso.

Hecho el estudio del jefe de aquella campaña de exterminio, pasemos ahora a la descripción de la manera que estaba compuesta la contraguerrilla. Era un mosaico de pueblos. La integraban ingleses, españoles, franceses, griegos, suizos, americanos del norte y del sur, sin faltar un buen contingente de mexicanos.

Según declaraciones del mismo Kératry, los integrantes de aquella contraguerrilla tan heterogénea no eran lo mejor de su raza. Habían abandonado patria y hogar para conseguir una fortuna. Entre ellos se encontraba “el marino desilusionado del mar, el negrero de La Habana arruinado por el tifo destructor de su cargamento, el pirata compañero del filibustero Walker, el buscador de oro que había escapado de Hermosillo de las balas que fusilaron a Raousset-Boulbon, el cazador de bisontes venido de los Grandes Lagos, el fabricante de la Luisiana arruinado por los yankees”.⁶

Kératry no oculta que aquella masa informe ignoraba la disciplina, se entregaba con exceso a la bebida y acostumbraba disparar balazos por gusto. No estaba ni siquiera igualada por el uniforme. Sus componentes usaban las ropas más desemejantes. Si este grupo hubiera podido desfilar por los *boulevares* de París se habría podido pensar que “se asistía al paso de una antigua banda de truhanes exhumada del fondo de la Cité”. Una tropa así integrada, no podía tener desde luego ninguna intención loable. Sin embargo, Kératry comete una inexactitud cuando declara que se proponía suprimir el bandidaje, que tantos males le causaba a México, amparándose con la bandera de la independencia. No puede negarse que hubiera entre los defensores de la República bandoleros y personajes de baja calidad moral. Lo que resulta inaceptable en el juicio de Kératry es la manera de

⁵ Émile Kératry. *La contre-guerrilla française au Mexique*, p. 313.

⁶ Kératry. ●b. cit., pp. 12-13.

generalizar, sin establecer una diferencia entre un simple salteador y el héroe capaz de resoluciones épicas que defiende la soberanía nacional.

El escritor francés no niega que sus escritos están hechos “bajo el influjo de la pólvora” y lo mismo habla de las crueldades de los guerrilleros como la de los integrantes de la contraguerrilla.

No puede Kératry ocultar la antipatía que le producen sus adversarios. Pero le queda la honradez suficiente para reconocer la energía y la abnegación con la que combatían los republicanos en defensa de su causa. No disimula el desprecio que siente por ellos, pero cuando habla de mestizos e indios no puede menos que sorprenderse ante la sangre fría y el valor con que solían desprenderse de la vida.

La raza mexicana, mestizos e indios, es de una calma espantosa y siniestra delante de la muerte. Raramente pide gracia al aproximarse el último golpe. Para estos hombres el pasar de esta vida a la otra es un negocio pequeño; su tiempo ha acabado aquí abajo; han disfrutado la medida del bien y del mal que les estaba reservada.⁷

Si en *La contre-guerrilla française au Mexique*, Kératry analizó uno de los aspectos de la intervención, en *L'élévation et la chute de Maximilien*, procedió a examinar el tema en su aspecto integral. En las primeras páginas de la segunda obra, habló de su propósito de ser imparcial, pero no hizo ningún esfuerzo serio para lograr la ecuanimidad. Distó mucho de ser generoso con el adversario; no sólo tuvo para él frases de desprecio, sino que llevó su condenación hasta la injuria. Expresándose de México dijo que era “un país maldito donde la palabra patria no encontraba eco”. Sostuvo también que la mayor parte de sus combatientes que se disputaban el dominio político, eran bandidos que robaban en nombre de Dios o en nombre de la libertad. Había naturalmente excepciones. Una de ellas era Benito Juárez. Al escritor francés se le debe una apreciación que ha alcanzado entre los que aman las frases sonoras no poca celebridad.

A pesar de las flores y los fuegos artificiales, prodigados al general Forey al entrar a México, el entusiasmo fue ficticio. Lo que debió, ante todo, de llamar la atención del comandante, era la idea de que Juárez no había sido expulsado por la población

⁷ *Ibid.*, p. 426.

de la capital. El jefe de Estado cedía su lugar a la fuerza, pero sin compromiso. En su retirada, él llevaba consigo el poder republicano pero no lo dejaba caer de sus manos. Estaba encorvado, pero no abdicaba. El tenía la terquedad de su derecho. Ése fue durante cinco años el secreto de la fuerza de inercia o de la resistencia del viejo indio, al retirarse de aldea en aldea sin encontrar a su paso un traidor ni un asesino.⁸

Mas la realidad histórica de México y de Juárez es más apasionante que el juicio de Kératry. Surgieron en la peregrinación de Juárez no pocos traidores, pero el presidente se sobrepuso a sus enemigos. Impávido esperó múltiples veces el momento en que el destino parecía que iba a truncar su existencia. En su trato con los hombres empleó siempre su penetrante capacidad psicológica. Toleró ofensas personales, pero doblegó sin misericordia a quienes trataban de rebelarse contra la autoridad que él representaba. Sondeó su momento histórico con admirable penetración y con la misma clarividencia, examinó la crisis interna como las vicisitudes de la política internacional. Se ha dicho con justicia que Juárez “no es el representante de las potencias virtuales de una raza abatida; es la figura nacional por excelencia, el símbolo en que ve unificar e idealizar los elementos nacionales; fue un indio excepcional, pero en la historia es el primer mexicano”.⁹

El autor de *L'élevation et la chute de Maximilien* censuró a Napoleón por haberse comprometido a intervenir en un país cuya geografía ignoraba. Con argumentos muy poderosos podía censurarse a la vez a Kératry, por haber intentado hacer la historia de la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano pasando por alto el conocimiento de multitud de hechos esenciales. Estudia con cierta profundidad la parte europea del asunto, las vicisitudes del gobierno imperial y la actitud asumida por los Estados Unidos frente al problema mexicano. Pero como la mayor parte de los escritores europeos que estudiaron el tema, aparta con pereza y desdén las fuentes republicanas. Tendrá así lógicamente una visión unilateral.

El lector que examina la obra de Kératry se siente cautivado por la fluidez narrativa, que se mantiene desde el principio del drama hasta su desenlace. Su brío dialéctico acierta con frecuencia a dar pinceladas magistrales. Pero es de lamentarse que quien

⁸ Emile Kératry. Ob. cit., p. 29.

⁹ *A cien años del triunfo de la República*. México, Secretaría de Hacienda, 1967, p. 298. Parte escrita por Martín Quirarte.

poseía una inteligencia tan aguda y un dominio de la lengua francesa, se haya dejado guiar a veces por la más turbia pasión.

Desde que hace su aparición el mariscal Bazaine, en las páginas del libro, se manifiesta claramente que el autor siente hacia él una poderosa simpatía. Elogia sin reservas su campaña militar. Declara que después de algunos meses la pacificación había logrado tanto, que México no había gozado de una calma como la que logró con Bazaine, desde el año de 1821. Se sometía a los disidentes, se perseguía a las bandas de ladrones. Pero no sólo se trataba de una labor militar y de policía. Bazaine demostraba un gran tacto político que le había permitido dominar al arzobispo Labastida y a los clericales. Al llegar Maximiliano se encontraba con una situación favorable que ni él ni sus colaboradores supieron aprovechar.

Kératry llega a declarar que los indios en masa se habían mostrado afectos a Maximiliano. ¿Cómo hubiera sido posible este milagro en un país tan extenso y con una población tan heterogénea hasta en sus grupos indígenas?

Procederá luego Kératry al estudio de las vicisitudes del imperio. Ni las finanzas fueron buenas, ni los consejeros idóneos, ni el príncipe estuvo a la altura de la misión que se le confería. Aunque hay un momento en que el autor se pregunta si el imperio hubiera sido viable dirigido por un hombre de Estado que no hubiera tenido las limitaciones de Maximiliano. Naturalmente que la interrogación se queda sin respuesta.

El problema de las relaciones entre Maximiliano y Bazaine no puede ser evadido. Indiscutiblemente que uno de los propósitos de Kératry era explicar al mariscal y en algunas ocasiones llegó hasta ocultar sus sombras y debilidades. Antes de continuar con nuestras reflexiones es conveniente afirmar que el mariscal ha sido objeto de mil censuras no siempre justificadas. Maximiliano fue uno de los creadores de su leyenda negra; fructíferamente abonada después, resulta muy difícil aun en nuestro tiempo desbaratar ciertos prejuicios muy arraigados. Se ha dicho que si Bazaine fue un traidor en Sedán ¿por qué no había de haberlo sido también en México? No es éste, desde luego un argumento válido. Cuando se proceda con rigor científico a señalar responsabilidades y a estudiar sin prejuicios la conducta de Bazaine frente a Maximiliano, sin duda alguna que serán vistas como calumnias muchas de las murmuraciones del archiduque. Después de un examen riguroso una gran parte, quizá la mayor parte de

los juicios de Kératry en defensa de Bazaine contra las calumnias de Maximiliano puedan permanecer como verdades incontrovertibles.

Podría probarse sin grandes dificultades que ni Maximiliano ni Bazaine, tenían la capacidad suficiente para penetrar en todos los intersticios de la cuestión mexicana. Quizás la limitación de Kératry o una de sus limitaciones se debe a no haber comprendido la psicología de Bazaine. Menos complejo el mariscal que el archiduque, de todas maneras es un personaje difícil de penetrar. Con todos sus defectos Bazaine es un hombre normal en tanto que Maximiliano es un personaje de psiquiatría, digno del estudio de un alienista.

Mientras el imperio dio la apariencia de consolidación, Bazaine no tuvo admiradores más devotos que Maximiliano y Carlota. Las relaciones se enturbiaron cuando la sombra de la Unión Americana comenzó a ser una pesadilla para Maximiliano. Es exacta la observación de Kératry al declarar que Francia fue humillada por la insolente diplomacia americana. Napoleón incapaz de resistir se vio en la necesidad de sacrificar al emperador de México. Entonces comenzaron las grandes dificultades con Bazaine, a quien se le pedía por una parte el regreso del ejército francés y por la otra dejar una obra perdurable. La situación se complicó con las exigencias de Maximiliano que a todo estaba dispuesto, menos a soltar el cetro o a prescindir del apoyo francés. Es claro que el mariscal, molesto ante muchas acusaciones y faltas de cortesía del archiduque, acabó en multitud de ocasiones por perder la paciencia. Fue seguramente capaz de más de alguna bribonada; pero es claro que el conde de Kératry estimaba demasiado a Bazaine para hablar de sus bellaquerías.

Los últimos meses del imperio dan material suficiente para un buen relato. Las vacilaciones de Maximiliano cuando se presenta el problema de la abdicación, las tentativas de los agentes de Napoleón para convencer a su protegido de la necesidad de abandonar el trono y los esfuerzos de los conservadores para convencerlo de que no debe partir, son temas de los que se sirve Kératry para lograr una brillantísima descripción.

Al final de la obra la figura de Maximiliano domina el escenario. El conde bretón siente hacia el infortunado príncipe un poco de compasión. Busca en él rasgos de nobleza que lo rediman de tanta debilidad. No tuvo Kératry la capacidad psicológica de Masseras para sondear con tanta penetración el

alma del archiduque, pero no le faltó perspicacia para captar algunas de sus luces y sus sombras. El historiador se humaniza frente al drama de aquel hombre a quien se confió una tarea superior a sus fuerzas. La indiscutible sensibilidad artística de Kératry, da a las últimas páginas de su obra un tono de grandeza. Admira a quien no acertó como hombre de gobierno, pero que supo morir con el orgullo de un descendiente de Carlos V. Ha llegado la hora de resumir en unas cuantas líneas, el conjunto de virtudes y defectos de Maximiliano; y Kératry sale airoso en su tentativa.

Ambicioso, valiente, generoso como la raza de la cual él había salido, no poseía la astuta audacia que ha hecho tan grande a la casa de Saboya. Ultramontano por tradición como por instinto, liberal por necesidad política y por las necesidades de su siglo, gastaba su actividad en borrar al día siguiente lo que él había emprendido la víspera, siempre incierto sobre la mejor ruta que debería seguir. Salido del norte, él ignoraba las pasiones que se fermentaban bajo aquellas latitudes ardientes, y se quejaba de haber sido engañado por los hombres y las cosas, no percibiendo que se engañaba a sí mismo. Porque siendo príncipe de derecho divino, había pretendido gobernar con el sufragio popular. Fácil de dominar, le faltaba tenacidad. Toda su fuerza residía en el alma ardiente de la emperatriz Carlota. Destrozado sin piedad por la política americana que estaba en su derecho, y la política francesa, que estaba cruelmente extraviada, vencido por los acontecimientos como traicionado por sus propias fuerzas, Maximiliano pagó con su vida la ambición de poder.¹⁰

Al leer estas frases en que campea el respeto y la comprensión, uno se lamenta que no hubiera tenido Kératry la misma generosidad para juzgar a México y a los mexicanos.

Dos años es poco tiempo para que puedan serenarse las pasiones y desaparecer los rencores. No debe por tanto extrañarnos que en 1869 escribiera Charles d'Héricault su *Maximilien et le Mexique* dominado por una indiscutible vehemencia. Su autor declaraba que si bien se habían publicado multitud de obras sobre el imperio mexicano, era preciso reconocer la falta de un trabajo serio que hablase de los últimos cuatro meses del reinado de Maximiliano, en que gobernó libre de la presión francesa. Este periodo era considerado por el escritor francés como el más

¹⁰ *L'élévation et la chute de Maximilien*. Ob. cit., pp. 355-356.



oscuro, pero al mismo tiempo el más importante del Imperio de Maximiliano. Tal fue la razón que lo llevó a escribir su historia.

Charles d'Héricault para redactar su trabajo, según declaraciones de él mismo, recurrió a las narraciones de los soldados y de los diplomáticos que habían permanecido en México durante la época del imperio. Afirmó también que por sus manos pasaron documentos oficiales del más alto valor.

Insistía Charles d'Héricault en que su trabajo estaba inspirado por la sinceridad y que se había sometido al más extremo rigor científico.

Yo no afirmo nada sin prueba que pueda exhibir, sin testimonio que pueda nombrar. Escribo con el sentimiento de equidad que constituye la probidad del historiador.¹¹

Naturalmente que tales aseveraciones carecían de fundamento. D'Héricault no era sincero. Entre los escritores del infortunado imperio pocos han mostrado tanta saña al hablar de México y de los defensores de la República. ¡Lástima que un talento tan grande se haya extraviado por los vericuetos más sombríos! ¡Poseer un estilo tan diáfano para ponerlo a disposición de la más innoble pasión!

Charles d'Héricault no reparaba a veces en el sentido de sus frases y frecuentemente incurría en contradicciones. Dijo que le importaban los hechos más que las personas y no pudo disimular que estaba ligado a Maximiliano por lazos de gratitud. Fue así como llegó a confesar que manteniéndose dentro de la estricta justicia se proponía rendir un tributo de reconocimiento al príncipe que le había dado “las más nobles manifestaciones de amistad y estimación”. Pero la simpatía a Maximiliano no se mantuvo dentro de límites discretos, sino que en ciertos momentos tuvo tintes de apología, como cuando lo consideró “el más discreto, el más liberal de los príncipes”.

Ahora bien, ¿qué objeto perseguía Francia al establecer un imperio en México? D'Héricault afirmó que se deseaba salvar un pueblo de siete millones de habitantes, víctima de 10,000 aventureros “ladrones y feroces” que lo tiranizaban y explotaban. Había también un propósito interesado. Se trataba de “abrir

¹¹ Charles d'Héricault. *Maximilien et le Mexique. Histoire des derniers mois de l'empire mexicain*. París, Garnier, 1869, p. 17.

al comercio europeo el país más rico del universo, establecer sólidamente la influencia francesa en el centro de este Eldorado”.

Al hablar de la población mexicana D’Héricault hacía una curiosa apreciación. El país estaba compuesto de siete millones de habitantes. Seis eran de indios y un millón de mexicanos y extranjeros. Los indios explotados por los llamados mexicanos constituían una “raza honesta, respetuosa, obstinada, plena de porvenir, pero de un porvenir lejano”. Lo curioso es que esta raza tiranizada incapaz de sacudir a sus dominadores estaba formada por seres excepcionales: “todos estos indios sabían leer y escribir”.

En sus conversaciones con los soldados franceses, D’Héricault había llegado a la conclusión de que todos ellos estaban persuadidos de que no se establecería ningún gobierno sólido, si antes no se procedía al exterminio completo de los mexicanos. Creyendo que Maximiliano había hecho un papel notable en el reino lombardo-véneto juzgaba que en cambio en México se había encontrado con una tarea superior a sus fuerzas.

Sin desestimar la importancia de la resistencia republicana, como factor que contribuyó a la ruina del imperio, al hablar de ella incurre en multitud de inexactitudes. Declara que durante el periodo de lucha contra la intervención, Juárez se había refugiado en los Estados Unidos y de allí regresó con fusiles, cañones y soldados americanos. No traía dinero porque a los republicanos no les faltaba el dinero. El gobierno republicano jamás había conocido las angustias económicas. Una mínima presión había sido suficiente para llenar sus cofres de dinero. Yankees liberados, sudistas y hasta negros se habían incorporado a las fuerzas republicanas.

Nada tenía de sorprendente para D’Héricault, que si Maximiliano era abandonado por los franceses y en cambio los republicanos recibían armas y soldados de los Estados Unidos, el imperio acabaría por precipitarse en la ruina.

Los sucesos militares del sitio de Querétaro dan material al autor de *Maximilien et le Mexique* para una brillante descripción. En trazos sobrios y vigorosos sintetiza los acontecimientos culminantes. Falta equidad en los juicios, pero no brillantez literaria. No abusa del detalle, sabe destacar los hechos esenciales.

El triunfo de la República le da después motivos para tratar de empañar la gloria de los vencedores. Condena a la masa con tanta dureza como a sus caudillos. El propio presidente de la

República no sale bien librado de sus ataques. Considera que la muerte de Maximiliano fue un crimen del que se sienten envanecidos los republicanos.

Don Benito Juárez y su banda heroica y magnánima creían que bastaba haber asesinado a Maximiliano y sus tres compañeros —porque yo no olvido al bravo Méndez— para ponerse a la cabeza de los destinos de la república universal y de la humanidad.¹²

No podía ser más injusta la apreciación de Charles d'Héricault. Como hemos dicho ya, poderosas razones tuvo el gobierno de Juárez para dar órdenes a Escobedo, a fin de someter a Maximiliano y sus compañeros de armas a un proceso militar, de acuerdo con la ley de 25 de enero de 1862.

Lo que buscaban las autoridades republicanas era una justificación legal de sus actos. Querían explicar al mundo las razones que tenían para proceder a la ejecución de los prisioneros. Cien años después del fusilamiento no falta todavía quien llame asesinato a la ejecución de Maximiliano.

En el momento mismo en que tenían lugar los acontecimientos, ¡qué drama de conciencia no agitaría al espíritu de Juárez y de Lerdo de Tejada! Examínense sin pasión los documentos de la época, para que pueda ponderarse aquel estado de alma colectiva, que agitó a quienes en esos momentos tenían en sus manos un asunto de tanta gravedad como importancia.

Hubo un tiempo en que la República (1862) había practicado una política de generosidad y benevolencia. A esa conducta el general Prim y sir Charles Wyke a nombre de España e Inglaterra, habían respondido con una actitud igualmente caballeresca y gallarda. Pero los representantes de Francia habían violado los Tratados de la Soledad.

Después de los sucesos del 5 de mayo, el gobierno de Juárez no había abusado de su victoria. Dejó en libertad a los prisioneros franceses y respetó las propiedades de los ciudadanos de aquella nación con la que se encontraba en guerra. A esta conducta se había contestado con una lucha implacable.

A las cortes marciales de Forey y Bazaine se sumaron las persecuciones y asesinatos de Dupin, los excesos de Billault y de Potier, los atropellos de Berthelin y de Jeannigros. Culminación de aquella campaña contra los republicanos había sido la Ley de 3 de octubre, por medio de la cual Maximiliano condenaba a la pena capital a

¹² *Ibid.*, p. 370.

todos los republicanos a quienes se sorprendiera con las armas en la mano.

Al tener lugar el proceso de Maximiliano, Miramón y Mejía, estaba todavía fresco el recuerdo de la inmolación de los generales José María Arteaga y Carlos Salazar, víctimas de esa nefanda ley. Su muerte para los contemporáneos, se consideraba un crimen de tal magnitud, como si los confederados hubiesen ejecutado a generales como Sheridan, Ulises Grant o Sherman.

El gobierno republicano endurecido por la heroica resistencia librada contra la intervención francesa y el imperio, estaba dispuesto a dar un castigo ejemplar a quienes consideraba enemigos de la libertad y la independencia de México. Guiado por este criterio ordenó que se sujetase a proceso a Maximiliano y sus generales. Habiendo resultado culpables a juicio del tribunal militar fueron condenados a la pena de muerte, el presidente de la República se mantuvo inflexible y negó el perdón.¹³

Charles d'Héricault ha llegado al fin de su obra y se impone a sí mismo la obligación de efectuar determinadas reflexiones en torno a la aventura imperial y las consecuencias que a su juicio trae para México el fracaso de la misma. Vuelve a insistir en su probidad. Afirma que ha escrito para la historia y no para la política, tratando de ser imparcial y justo.

Entre otras cosas se pregunta D'Héricault ¿si aún puede haber para México una posibilidad de salvación? Y la respuesta que a sí mismo se da es completamente negativa. No hay ninguna esperanza de redención para este pobre país. Sus diez mil tiranos no quisieron renunciar a su dictadura. Durante cincuenta años los había dominado el amor a la aventura, la anarquía y la maldad. Por no haber querido comprender la benevolencia del príncipe no había podido consolidarse un gobierno ordenado. México estaba condenado a ser absorbido por los norteamericanos; provincia tras provincia se apoderarían del país. Como en el caso de Texas y California eliminarían el elemento mexicano y destruirían a los indígenas incapaces de soportar la esclavitud del industrialismo.

Francia —agregaba D'Héricault— en su aventura ultramarina, había ido a defender su prestigio y lejos de lograrlo fue víctima de las mayores burlas. Se había ido a conquistar un imperio y no sólo no se había logrado, sino que el emperador había sido fusilado.

¹³ *A cien años del triunfo de la República*. Secretaría de Hacienda y Crédito Público. México, 1967, p. 290.

Los franceses habían ido a México para regenerar un pueblo, acabar con la anarquía y consolidar la paz. Ninguno de estos propósitos se había cumplido. La anarquía era mayor que nunca, el bandidaje se había hecho venerable ya que se luchaba a nombre de la libertad y el patriotismo.

Se habían propuesto también salvar a México de los Estados Unidos y nunca había estado el país tan expuesto a la nación vecina como ahora. Habiéndose querido imponer la preponderancia francesa se había acabado por implorar el reconocimiento de Maximiliano. Además al tratar de establecer un imperio en México se había lastimado a los Estados Unidos en su orgullo y se les había amenazado en sus intereses, lo que había provocado al triunfo de la Unión la reacción lógica de este país contra los franceses.

Después de hablar del desastre de la expedición francesa, D'Héricault pasa a examinar algunas de las causas que a su juicio habían impedido la consolidación del imperio. Declaraba que México era un país de extensión territorial inmensa, donde existían grandes zonas desérticas y abundaban las enfermedades. La geografía se rebelaba entonces contra la empresa. Por otra parte, la población no había podido conquistarse fácilmente porque opuso una resistencia tenaz a la invasión. D'Héricault olvidaba que había hablado de una masa inerte de seis millones de indios, y un millón de mexicanos sometidos a la tiranía de los 10,000 bandoleros. Ahora resultaba que ya no se trataba de un pueblo apático, sino de una población de siete millones que fue capaz de suministrar constantemente soldados para resistir a los invasores. Y esos soldados no eran tímidos guerrilleros, sino hombres que preferían morir antes que huir y que eran capaces de pelear como los españoles que defendieron Zaragoza. Es indudable que el libro del escritor francés está pletórico de contradicciones.

Claro es que en muchos de sus juicios D'Héricault es congruente. Comenzó manifestando una extrema simpatía hacia Maximiliano y terminará su obra elogiando las buenas cualidades del príncipe. En el estudio psicológico que hace del archiduque no disimula algunas limitaciones pero las juzga con extrema delicadeza, no encuentra en él esas partes sombrías que tiene que descubrir forzosamente quien sabe sondear con verdadera penetración su compleja psicología. Pero ya es mucho mérito descubrir algunos de los rasgos más destacados de su personalidad.

El autor de *Maximilien et le Mexique* reconoce desde luego,

que le faltaba al archiduque tenacidad y que no tenía los atributos de un gran estadista. “En política, no era un hombre práctico, sino un ideólogo. Era un gran artista en todo, aun en filosofía gubernamental. Sólo que si era realmente profundo y poderoso en las teorías, le faltaba en grado extremo esa otra parte de la filosofía que es el conocimiento de los hombres.”¹⁴

D’Héricault como la mayor parte de los admiradores de Maximiliano, incurre en el error de exagerar su bondad. Es innegable que en varios momentos de su vida, el archiduque dio muestras de generosidad. Pero fue también capaz de maldad en grado extremo. Sus mismos apologistas han mostrado sin quererlo, cartas que lo exhiben como un personaje que distaba mucho de ser un ejemplo de perfección moral. Pero no podemos esperar de un amigo de Maximiliano, que escribe a dos años escasos de su muerte, que pueda poseer la objetividad que podemos tener desde la perspectiva de nuestro tiempo.

Un año antes de morir, Maximiliano escribía a Charles d’Héricault una carta en la que le confesaba su fe en las ideas liberales.

Es verdad que yo siento una pasión real por estas ideas liberales que enaltecen la inteligencia y dan el triunfo más caro a nuestros deseos. Yo les he sacrificado mi reposo, y espero en compensación que habré merecido la admiración de las gentes de bien y el afecto de los corazones generosos como el vuestro.¹⁵

Allí estaba uno de los secretos del drama de Maximiliano; tratar de gobernar con algunos principios liberales y haberse visto obligado a luchar contra mexicanos de tendencia liberal que sólo veían en él la figura de un usurpador, para acabar después rodeado de esos conservadores, a los cuales detestaba y por los que no sentía la menor consideración.

Si en D’Héricault subleva su parcialidad notoria hacia Maximiliano y la injusticia con que trata a los mexicanos que combaten a favor de la independencia nacional, en Eugène Lefèvre hay que ver al defensor de la causa republicana. El insigne periodista era adversario de Napoleón III y había abandonado Francia por cuestiones de orden político.

¹⁴ D’Héricault. Ob. cit., pp. 47-48.

¹⁵ *Ibid.*, p. 414.

Eugène Lefèvre fue redactor en jefe de *La tribune du Mexique*. En 1862 publicó una obra titulada *Le Mexique et l'Intervention Européenne*. Después estuvo al servicio del gobierno republicano de México, desempeñando en Europa funciones como agente secreto. Estando en Londres publicó en 1869 una obra que tituló *Documents officiels recueillis dans la Secrétaire privée de Maximilien. Histoire de l'intervention française au Mexique*. Tradujo él mismo la referida obra al español. A causa de esta historia fue duramente atacado en Europa particularmente en Francia. Después de la publicación de su libro, permaneció en varios países europeos prestando siempre servicios al gobierno de Juárez.

En la fecha en que publicó Lefèvre la *Histoire de l'Intervention française au Mexique* se habían publicado en Europa y en México multitud de trabajos sobre el referido tema. El escritor francés declaraba que oradores y periodistas hablaban de los orígenes de la intervención, pero que no se había escrito para defender o para atacar a Bazaine. Se hablaba también de Maximiliano, pero no se hacía referencia a los medios empleados para imponer el imperio. Tal era la razón por la cual se proponía entonces llenar ese vacío de que adolecían las publicaciones existentes.

Las fuentes empleadas por Lefèvre para redactar su historia fueron tan variadas como ricas. Nunca he podido comprender las razones que llevaron a Lefèvre a escribir como título de su obra: *Documents officiels recueillis dans la Secrétaire privée de Maximilien*. Independientemente de que el título pudo ser el nombre del subtítulo, ¿qué se propuso con esta alusión? Si de verdad se encontraron documentos en la secretaría privada de Maximiliano, éstos no hubieran sido suficientes para elaborar su historia. Es indudable que pocos hombres de su tiempo dispusieron del material histórico que pasó por las manos de Lefèvre. Desde el año de 1861 en su calidad de periodista le fue dable tener una información vastísima sobre los orígenes de la intervención. Posteriormente su condición de agente de Juárez le permitió estar enterado al dedillo de la política internacional de México, Estados Unidos y los países europeos.

Lefèvre conocía también con profundidad la hemerografía de la época, lo mismo la de criterio republicano que la favorable al imperio. Tenía también noticia de las obras que se habían publicado sobre esta etapa histórica. Los trabajos de Kératry, Testory, Domenech, Basch, Salm Salm le eran familiares. Tuvo

además el apoyo económico y moral del gobierno de Juárez, que le facilitó documentación y le compró mil ejemplares de su historia. Se comprenderá entonces, por lo dicho anteriormente, que Lefèvre dispuso de un amplio arsenal de información para redactar su historia.

Ahora bien, tomando en consideración las circunstancias en que fue escrito el trabajo de Lefèvre y la ideología de su autor, fácilmente se comprenderá que no se trata de una obra imparcial. Pero de ninguna manera estamos en presencia de un panfleto. El escritor es un hombre que analiza, que razona con lucidez pasmosa; no lo dominan las pasiones vulgares.

La *Histoire de l'intervention française au Mexique*, fue traducida al español por el propio Lefèvre. Quien la lee en castellano tiene que resistir la gran cantidad de faltas de orden gramatical en que incurrió su autor. Los galicismos empleados en ella se cuentan por millares. Pero a cambio de esto hay una compensación, tiene la obra un no sé qué de gracia que la hace amable.

Se han dicho algunas cosas sobre el autor. Es preciso pasar al estudio de la obra. En ella se hace uso frecuente de la historia comparada. Lefèvre pondera la intensidad del sentimiento patriótico de México, porque lo considera tan sublime como el que late bajo el pecho de un francés. No escribe bajo el influjo del odio pero sí con la energía viril de quien sabe que combate por la justicia.

Antes de comenzar a examinar la conjuración monárquica, Lefèvre hace un estudio de los antecedentes históricos. Sus consideraciones sobre el periodo colonial y el México independiente anteriores a 1861, abundan en inexactitudes de orden histórico y geográfico. La parte sólida de su trabajo, está constituida por los juicios que emite en torno a los problemas de la intervención francesa y el Segundo Imperio.

La obra de Lefèvre es particularmente valiosa por la gran documentación que contiene. El método de trabajo seguido generalmente por el autor consiste en transcribir el documento, para después proceder a formular su reflexión crítica. El libro atrae por la multiplicidad de temas que aborda. Las cuestiones políticas, militares, económicas, sociales y diplomáticas son objeto de atención para el autor. Considera desde luego que aquella guerra fue contraria a los intereses de Francia, independientemente de que constituyó un atentado contra la independencia y la dignidad de un pueblo libre. Sólo un príncipe iluso y arrui-

nado como Maximiliano, pudo haber aceptado las proposiciones que le hizo un grupo de mexicanos.

Denuncia Lefèvre todas las bribonadas cometidas a la sombra del tratado de Miramar. Con igual agudeza señala multitud de irregularidades que tuvieron lugar durante la administración de Maximiliano. El clero de México y la Santa Sede no escapan a los dardos de su fina ironía.

Cuando Lefèvre tiene que hablar de las cuestiones militares, su condición de francés no le impide condenar las atrocidades cometidas por Francia. Declara que la organización del terror comenzó desde la época de Forey y siguió bajo el dominio de Bazaine. No puede menos que estremecerse ante la sangre fría con que narra Kératry los excesos de las contraguerrillas. Las censuras no son excesivas, pueden estar salpicadas de ironía, pero ésta no rebasa los límites que puede establecer la cordura. Aun para narrar sucesos tan dramáticos como el proceso de Maximiliano, el autor no recurre al patetismo ni a las frases henchidas de ira. La condenación de Maximiliano como su fusilamiento le parece un simple acto de justicia nacional.

Con el correr de los años las pasiones tienden a serenarse y la perspectiva se ensancha. Entre los historiadores franceses que examinamos es Émile Ollivier el que logra la visión más ecuánime de los acontecimientos.

Un crítico de nuestro tiempo decía que pocos hombres de Estado como Emile Ollivier habían sido tratados en Francia tan injusta como cruelmente por la posteridad. Su vida y su obra de las más interesantes de su época lo son particularmente para México, tomando en cuenta las páginas que dedicó a nuestro país, que si a veces pecaron de no ser muy profundas, nunca se las puede censurar de no haber sido redactadas con un gran respeto hacia Juárez y los caudillos de la resistencia republicana.

Se ha dicho que para “comprender el secreto de Ollivier es preciso recurrir a los 18 volúmenes de *L'Empire Libéral*, que constituyen su mejor autodefensa”. Mas no es suficiente la consulta de esta voluminosa obra para hacer una apreciación del hombre. No se comprendería sino un perfil del personaje si se desechara la lectura de las páginas de su *Diario*, que comienza con acontecimientos de 1846 y termina en 1869. Aparte, precisa leer otros libros así como su *Epistolario* que dan la clave para la explicación de ciertas actitudes del escritor y del político.

Era Ollivier un hombre de fina educación, espíritu católico sin la menor sombra de fanatismo, dotado de una sensibilidad artística sumamente delicada. Muchos años fue adversario de Francia defendió a México y combatió al lado de hombres como Jules Favre, Picard, Henon y Darimon. Pero ni prolijo ni verbalista como Favre, tampoco tenía su impetuosidad. No, Ollivier no tuvo ni grandes rencores, ni pasiones arrebatadoras. No sería un desacato a la verdad histórica si se dijera que sus ataques al Imperio de Napoleón III, nunca hirieron a éste en pleno corazón. Sus discursos, casi dan la impresión de haber sido elaborados en un recinto académico. Aun cuando se atrevió a hacer profesión de fe republicana y causó muchas veces impresión en la Cámara, su retórica no se distinguió por su exaltación.

Napoleón III que era un gran conocedor de hombres, creyó que podría doblegar la resistencia de aquel opositor. Pensó que un ministerio era un ofrecimiento demasiado tentador para callar la voz de un adversario y pasarlo a sus filas. A las primeras insinuaciones hechas al respecto, Ollivier no aceptó. Sin embargo, en su diario no se hace alusión que haga pensar que se sintiera ofendido por la oferta. En realidad, de la posición que guardaba Ollivier, a la de ser un colaborador de Napoleón no había más que un paso. Existía además un punto de posible contacto entre el rey y su vasallo: el duque de Morny, gran amigo del futuro autor de *L'Empire Libéral*.

No hay que ver en el cambio de política que adoptó Ollivier, una de esas actitudes que pueden ser causa del sonrojo de un hombre público. No sirvió al soberano cuando éste se encontraba en la cumbre de su gloria, de su poder y de su fama. Cuando Ollivier formó parte del gobierno de Napoleón las nubes malas empezaban a dibujarse en el horizonte. Dos grandes pérdidas había sufrido el emperador francés: en 1865, Auguste Billault defensor de la política imperial y el duque de Morny, hermano de Napoleón, habían muerto.

Cuando en abril de 1867, la situación se hizo dramática para el Imperio de Napoleón, Ollivier consideró como un deber hacerle ciertas sugerencias a su rey. Creyó que no había que contemporar, la situación era cada día más grave y si no se tomaban determinadas medidas podía producirse hasta la caída del gobierno. Precisaba actuar con prudencia. El egoísmo de los consejeros perjudicaba al emperador. Era por tanto necesario constituir un ministerio homogéneo. Además, debía crearse una



cámara nueva y entrar en arreglos con la oposición. No había que estar con los brazos cruzados. En todo caso en último término, valía más abdicar en manos de la nación y dejar establecido un gobierno constitucional.

Napoleón ante las sugerencias hechas por Ollivier, contestó: “me he equivocado al juzgar a Francia, el país no estaba aún maduro. Había que leer lo que dicen los periódicos como *La Liberté* y *L’Avenir National* para darse cuenta que se abusaba de la libertad de imprenta”.

Ollivier dio nuevos consejos. Lo esencial no era destruir enemigos, sino crear amigos. El propio Ollivier había sido uno de los adversarios del emperador. La libertad provocaba abusos y esto sería así mientras el mundo existiera.

Mas ya no fue posible contener el desastre. Siendo Ollivier jefe de gabinete en 1870, al tener noticia de las primeras derrotas de Francia ante la agresión prusiana renunció a su cargo para refugiarse en Italia. En carta dirigida por Ollivier a Napoleón, declaró que ninguno de los dos había querido la guerra. No había sido Francia un obstáculo a la unidad alemana. Eran Bismarck y el rey de Prusia los verdaderos autores del conflicto. Aunque no era poca la responsabilidad de Jules Favre y de Thiers que durante cuatro años, habían atacado el pensamiento de Ollivier que no era otro que “reconocer el derecho de Alemania a constituirse en virtud del principio de las nacionalidades”.

Los acontecimientos habían herido profundamente a Ollivier. Pensó que era necesario un paréntesis de reflexión. Al hacer auto-crítica se proponía ser más severo que sus mismos adversarios. En política haría lo que Descartes en Filosofía, tabla rasa en su espíritu para juzgar cada una de sus ideas. Aunque con cierta melancolía se resignaba a su destino.

Entregándome a estos bellos estudios que me apasionan y que me mantienen largas horas inmóvil, yo me digo frecuentemente: ¡Oh! la voluptuosidad deliciosa de ser impopular, vencido, solitario... Es casi la libertad del claustro, del claustro de largas arcadas, bajo las cuales se pasea desprendido de cuidados terrestres, no soñando sino en los tiempos antiguos o en las horas eternas.¹⁶

Si él hubiera sido rico consideraba que no hubiera entregado sus libros al público.

¹⁶ Emile Ollivier. *Journal*. 1861-1869. París, Julliard, 1961, p. 450.

...habría impreso cien ejemplares para mis hijos y para mis amigos, ya que la aprobación de los otros me es indiferente. Kepler pedía a Dios un lector en cien años.¹⁷

Bajo tal estado de ánimo comenzó Émile Ollivier a escribir *L'Empire Libéral*, obra por muchos conceptos digna de un estudio sereno y reflexivo. No está en el propósito del autor de la presente reseña penetrar en todos los aspectos generales del trabajo monumental de Ollivier. Se concretará entonces al análisis de sus juicios sobre la cuestión mexicana.

El autor de *L'Empire Libéral* a diferencia de Kératry, Niox, Masseras y Paul Gaulot escribió sobre la intervención francesa y el gobierno de Maximiliano, desde una perspectiva más alejada de los acontecimientos, que le permitió lograr una mayor objetividad. Poseyó una documentación muy vigorosa para poder valorar la ingerencia de Francia en México, pero no ahondó en el estudio de la historia mexicana anterior al año de 1861. Sus juicios sobre el clero y los caudillos del conservadurismo pecan de superficiales. En cierta manera Ollivier fue víctima de la historiografía francesa, que al juzgar la conducta del clero mexicano exageró sus defectos y no pudo ponderar algunas de sus virtudes. Cuando se examinan los juicios de Ollivier sobre la condición del clero francés de su tiempo, sus apreciaciones sobre el Concilio Vaticano y las relaciones de la Santa Sede con los países europeos, se pone de manifiesto la poderosa documentación en la que descansan sus lucubraciones y así se explica la profundidad de algunos de sus juicios. Por contraste, al juzgar la Iglesia en México no conociéndola a fondo, le será imposible alcanzar el sentido de la equidad.

Por otra parte, si se mostró admirador de Juárez y de los republicanos, no quiere esto decir que haya conocido suficientemente las publicaciones hechas por éstos en defensa de su causa y la caudalosa historiografía que salió a luz después de la caída del imperio. No se trata sin embargo, de imponerle al historiador francés deberes imposibles y menos a la distancia de más de medio siglo. Pero precisa que el elogio tributado a su obra sea justo. Ningún historiador europeo ha podido aún analizar con la profundidad crítica debida, el rico acervo de la documentación mexicana relacionada con el imperio. Aunque también de nuestra parte debemos confesar que a ningún historiador mexicano le ha

¹⁷ Ob. cit., p. 451.

sido dable revisar cuidadosamente los archivos europeos y americanos que es preciso investigar para el conocimiento del periodo de la intervención francesa y el Segundo Imperio.

Es justo sin embargo, mencionar el noble esfuerzo de investigadores como Ernesto de la Torre, Gloria Grajales, Luis Weckman, Lilia Díaz, Guadalupe Monroy, Antonio de la Peña y Reyes, Luis Chávez Orozco, Jorge L. Tamayo y Genaro Estrada, que con una gran dedicación procedieron a rescatar multitud de documentos que nos permiten iluminar muchos de los rincones de la historia de esta época. Sólo falta la voz de una crítica ecuánime, que pueda examinar cuidadosamente el material reunido. Perdone el lector esta digresión y volvamos nuevamente a Émile Ollivier. Podríamos decir que a veces sus juicios se debilitan por ciertos defectos a los cuales no pudo siempre sustraerse. Abusa del diálogo que si es parte vital de una novela, en cambio el historiador casi siempre debe rechazarlo. A veces es muy prolijo en detalles y hubiéramos deseado que poseyera mayor poderío sintético.

Ollivier se vuelve por momentos excesivamente sentimental. Es muy frecuente el número de veces en que emplea frases que no están en concordancia con la gravedad que campea en otras de sus páginas. Hablando del mismo personaje, el historiador francés dijo que era un hombre de “Plutarco”. El concepto ha tenido una gran aceptación entre quienes gustan de este género literario. Pudo haber exaltado la figura de Juárez sin emplear tal género de recursos. Su juicio, habría ganado así en sobriedad sin perder justicia, pero habría disminuido ante el criterio de aquellos que aman las frases rimbombantes.

Cabe afirmar que si Ollivier no ahondó en nuestra historia, estaba en cambio muy informado de muchos de los secretos de la política imperial relativos a México. Pero es preciso decir que si en algunas ocasiones fue muy agudo en sus juicios, en no pocas pecó de superficial o de excesiva benevolencia. Creyó como Pierre Lano “en el origen ginecocrático, austriaco y clerical” de la expedición francesa a México, pero no fue inmune a ese género de razonamientos de que muchas veces fue víctima la historiografía francesa, que inmoló frecuentemente la verdad histórica en aras de una fantasía romántica.

Si algunas apreciaciones de Ollivier sobre la emperatriz Eugenia, deben ser rectificadas, es preciso reconocer que es justa su observación sobre Napoleón III, cuando dice que nunca resistió

ciegamente la influencia de nadie. Si aceptó la empresa mexicana fue no solamente bajo el influjo de los intervencionistas protegidos por Eugenia, sino cediendo a una profunda convicción, que le hacía pensar que era necesario frenar el avance de los Estados Unidos oponiendo un muro de contención latino.

Pero Ollivier no justifica la conducta de Napoleón III en México. Censura las calumnias de Saligny que tanto contribuyeron a precipitar la intervención francesa. Señala también la probidad que inspiró a Juárez, cuando en el año de 1861 intentó dar satisfacción a las demandas europeas dentro de los límites de la justicia y de lo posible. El juicio del historiador era congruente con la antigua conducta del político. Ollivier que había, como miembro del Cuerpo Legislativo, combatido la agresión francesa a México, siempre estuvo persuadido de la honradez del gobierno de Juárez. Tenía la profunda convicción de que éste ordenó la suspensión de pagos y entre ellos el de la deuda exterior, porque razones imperiosas lo habían obligado.

Ante la actitud heroica de los republicanos mexicanos que con González Ortega lucharon en defensa de la ciudad de Puebla, no dejó Ollivier de tributarles un homenaje de admiración y respeto. Creyó que un pueblo que había sabido luchar con terrible grandeza, no necesitaba ser regenerado por ninguna invasión extranjera.

Al juzgar la participación de los franceses en el drama imperial mexicano, alcanza Ollivier su más alto acierto crítico. Con un espíritu de justicia y siempre en noble estilo, determina las responsabilidades de cada uno. No oculta errores ni trata de justificar atropellos. Valiente en la expresión de los hechos, no retrocede ni cuando precisa formular cargos contra el emperador de los franceses. Aborda con entereza admirable las situaciones más difíciles, apoyando siempre sus juicios en sólida base documental.

Desde la llegada de Maximiliano hasta la ejecución del príncipe en el Cerro de las Campanas, el lector es testigo presencial de una sucesión de imágenes en que frecuentemente el lujo de la descripción corre parejas con el vigor del análisis. Se acerca a Maximiliano con el propósito de ponderar sus virtudes y defectos. Si como personaje aislado, el archiduque de Austria es un sujeto digno de estudio, vinculándolo al gran drama de su tiempo, su personalidad se agiganta a los ojos del historiador.

Junto a Maximiliano aparece la figura tantas veces enigmática



del mariscal Bazaine. Al enjuiciarlo, Ollivier no sigue la ruta fácil de las hipótesis. Los documentos no pueden sustituirse con afirmaciones más o menos audaces. Partiendo de esta base, no trata al mariscal al margen de la historia, sino que aspira a explicarlo dentro del irreprochable dato histórico. El último gran jefe del ejército francés, personalidad inferior a la tarea que se le quiso confiar fue una víctima de las circunstancias. Las frecuentes discrepancias entre Bazaine y Maximiliano son examinadas por Ollivier con una discreción indudable. En el fondo, es quizás Napoleón el principal autor de esa sangría innecesaria impuesta al pueblo mexicano y al ejército francés en aras de un capricho romántico. En cierta manera fueron el mariscal y el archiduque de Austria juguetes en las manos del emperador de los franceses, que no acertó a salir decorosamente del berenjenal en el que se había metido.

Sin hacienda saneada, sin país pacificado, disminuyendo cada día más los efectivos del ejército a partir de 1866, el imperio mexicano rodaba por el plano inclinado de una catástrofe inevitable. Y Napoleón no acertaba con una fórmula salvadora. Todos sus actos contribuían para apretar más el dogal colocado en el cuello del infortunado príncipe. Se le anunciaba el retiro definitivo de los soldados franceses, se le negaba el mando directo y exclusivo del ejército que debía protegerlo. Y como si esto no fuese suficiente se exigía de Maximiliano, que entregase en virtud del convenio Arroyo-Dano una gran parte de sus percepciones aduanales. No le falta razón a Ollivier cuando al examinar los sucesos y al leer las órdenes de Napoleón, termina por decir que el emperador de Francia quería que se “le cortase la cabeza a Maximiliano, matándolo lo menos posible”.

Si Ollivier no cree en la competencia militar y financiera de Maximiliano, tiene el suficiente juicio crítico para no hacerlo responsable de todos los sucesos lamentables que acabarían por derribar su imperio.

Mientras más profundizo en esta historia, más me siento dominado por una inmensa compasión hacia el desgraciado Maximiliano. A fin de excusarse de haberlo ayudado mal, se le ha agobiado de reproches; que fue versátil, incapaz, sin resolución ni aptitud para organizar nada. ¿Cómo hubiera podido ser firme en una situación en la que no encontraba ningún apoyo sólido? ¿Cómo hubiera podido ser enérgico cuando no tenía a su disposición sino un ejército francés admirable, pero poco numeroso y tropas indí-

genas siempre listas para defeccionar? ¿Cómo hubiera podido organizar las finanzas y la administración cuando el país pasaba sucesivamente de los franceses a los juaristas, surcado por bandidos y guerrilleros, estando además reducido a la miseria? ¿Cómo hubiera podido reformar el sistema de impuestos cuando en el país no se trabajaba ya y al lado de cada receptor de rentas era preciso que hubiese un soldado? Que él tardaba mucho en redactar sus decretos. ¿Pero qué hubiera podido hacer de mejor en su impotencia para realizar cualquier cosa? Si a él le faltaba la experiencia y un cierto sentido práctico que lo fijara en la tierra, en cambio era laborioso, instruido, generoso, leal, bueno, ávido de gloria. Si se le hubiera establecido en una base sólida se habría adquirido el derecho de imponerle una dirección y se hubiera podido sacar un buen partido de él. ¡Infortunado! Si se hubiera dado cuenta claramente de la situación, en lugar de recibir ultimátumes de París, él los hubiera enviado y habría dicho sin ambages: he aquí las condiciones bajo las cuales yo puedo permanecer, si no, compónganselas como puedan, que yo me voy.¹⁸

No es muy exacto el juicio de Ollivier sobre Maximiliano. Algunos rasgos de la complicada personalidad del príncipe escapan a su análisis. Pero es justa su apreciación sobre que no debe recaer sobre él toda la responsabilidad de la empresa.

El *deus ex machina* de aquella tragedia fue el general Castelnau, que con facultades omnímodas concedidas por Napoleón, venía a dar fin a la aventura imperial. En frases sobrias y con gran penetración, Ollivier describe los últimos momentos en que hubo todavía relaciones entre el gobierno de Maximiliano y los representantes de Francia. La descripción de los sucesos es digna de la calidad artística del escritor francés. Para construir este capítulo de su obra, hace Ollivier una selección cuidadosa de documentos. Bazaine, Castelnau, Dano y Maximiliano desfilan por el escenario.

El autor de *L'Empire Libéral*, en la descripción de estos sucesos da a los republicanos el lugar que les corresponde. Juárez, Porfirio Díaz, Escobedo y los demás caudillos de la resistencia republicana, son juzgados de acuerdo con la más rigurosa crítica. A lo largo de su estudio, Ollivier analiza cuidadosamente las causas por las cuales no se consolidó el Segundo Imperio mexicano. No van a ser expuestas dentro de este ensayo; son juicios en que están acordes la mayoría de los historiadores.

¹⁸ Emile Ollivier. *L'Empire Libéral*. "Études, récits, souvenirs." París, Garnier, t. VII, pp. 258-259.

Al examinar el último acto del drama imperial, Ollivier lo hace con gran sobriedad. Si en las páginas que dedica a uno de los capítulos más debatidos de la historia del imperio no hay dicerios ni arrebatos de baja pasión, no se percibe tampoco demasiada profundidad analítica. Pudo sacar partido y no lo hizo, de un momento histórico fecundo en acontecimientos. Sobre el asunto de la conducta de Miguel López da una explicación que no es convincente y que se resiente de falta de documentación. Mas quizás sería injusto reprocharle el no haber intervenido en toda regla para tratar de aclarar un asunto tan debatido. Tenemos los mexicanos un siglo discutiendo sobre la traición o no traición de López y aún no hemos logrado ponernos de acuerdo. Indiscutiblemente pocos aspectos de la historia del imperio han sido tratados con tanta pasión. Centenares de libros, folletos y artículos se han publicado para defender o para censurar a López y el debate dista mucho de quedar cerrado.

El examen de Ollivier sobre el proceso de Maximiliano, Miramón y Mejía es superficial. Pero si ha de hacerse entera justicia, el mismo cargo se podría hacer a la mayoría de los escritores mexicanos y extranjeros, que en el siglo XIX y aún en el actual se han ocupado del mismo asunto.

Admirador sincero de Juárez, Ollivier ve en el triunfo del gran presidente, la consolidación de las instituciones republicanas de México. Y al juzgar el fusilamiento de Maximiliano y la locura de Carlota declara que “jamás un atentado contra el principio de las nacionalidades, había sido tan pronta ni tan terriblemente castigado”.¹⁹

Junto a Émile Ollivier como estudioso de la época de Napoleón III, es digno de figurar Pierre de la Gorce. Su *Histoire du Second Empire* resiste los embates de la crítica más rigurosa. Fue un historiador de calidad excepcional. Miembro de la Academia Francesa, unía a su precisión de estilo un gran valor científico. Describió magistralmente la vida de las instituciones, las grandes batallas ideológicas, la lucha de los partidos. Conoció a fondo la política exterior francesa y penetró sin prejuicios en el conocimiento de la sociedad del periodo napoleónico.

Lo que seduce en las páginas de la *Histoire du Second Empire*, es ese poderoso brío dialéctico que constantemente interviene, para reaccionar contra toda posibilidad de lirismo desbordante.

¹⁹ Émile Ollivier. *L'Empire Libéral*. Ob. cit., t. IX, p. 552.

Pero al juzgar a México y más particularmente al abordar el asunto del Imperio de Maximiliano y Carlota, dio por momentos libertad excesiva a sus dotes de artista sacrificando las exigencias de la investigación.²⁰

Pierre de la Gorce, comenzará por decir “que ningún acontecimiento en los tiempos antiguos o en los tiempos modernos, sobrepasa en sombría grandeza la tragedia de México”.

El historiador francés presenta a los protagonistas de su drama en el castillo de Miramar. Allí se encuentra todo lo que podía hacer una vida feliz: “magnificencia del palacio, dulzura del cielo, radiante belleza del mar”. Pero para la felicidad plena del matrimonio falta un niño que haga las delicias del hogar. Además quienes han probado ya las satisfacciones del mando en Viena, quieren ceñirse una diadema imperial. Para colmo de sus ambiciones un grupo de emigrados mexicanos se presenta ofreciendo a la pareja el trono de México. Según La Gorce se trata de unos ilusos que engañan, porque son ellos los primeros en engañarse a sí mismos. “Repetirán un relato que han forjado primeramente con pasión, después lo han redactado tantas veces que acaban por creerlo verdadero. Dominados por el más estricto conservadurismo afirman que su opinión es la de su país, que México cansado de la anarquía, pide un soberano; y esta corona de la que nada se puede temer la ofrecen a Maximiliano.” Y en contra de toda sensatez, el archiduque y su esposa acabarán por aceptar el trono que se les brinda.

Cambia la perspectiva. La pareja real se ha trasladado a México. En esta aventura el historiador encuentra múltiples contrastes: “entusiasmo y decepción, fiestas y duelos, lujo y miserias”. Pero si en los hechos hay contrastes, también existen entre quienes pensaron estar predestinados para llevar a cabo la regeneración de México.

Maximiliano y Carlota se asemejan por sus rasgos comunes: el desdén de la vida vulgar, la aspiración hacia las cumbres, el amor del bien público, el noble tormento de la juventud inempleada. Todo, por lo demás, era en ellos contraste. En Maximiliano, dominaban las veleidades más bien que las voluntades: una imaginación móvil y viajera que se nutría de proyectos brillantes y voluntariosos dejándolos evaporarse en fantasías; mucho de bondad con un poco

²⁰ Las apreciaciones de Pierre de la Gorce a que vamos hacer referencia se encuentran en el prefacio a la obra de la condesa Hélène de Reinach Foussemagne, *Charlotte de Belgique Impératrice du Mexique*. Paris, Plon, 1925.

de debilidad; una cultura espiritual que, en todos los países, hubiera parecido bastante vasta y que era asombrosa para un archiduque, pero de perspectivas oscuras que no lograban clarificarse. Diametralmente opuesta era la princesa. Su madre, cuando ella era niña, deploraba que fuese “voluntariosa”: voluntariosa lo será siempre, y algunas veces con altivos caprichos que herían; en desquite, de la actividad, del valor, de la perseverancia; una ambición que sabe precisar los designios y una mano vigorosa que burila con un rasgo profundo lo que el príncipe se contenta con tocar superficialmente; con todo esto una real elevación de alma, y, aparte algunos intervalos de buen humor, una notable generosidad.²¹

Sin duda alguna que hay cierta penetración en los juicios emitidos acerca de Maximiliano y Carlota. Pero cuando el autor del prefacio a la obra de la duquesa de Reinach Foussemagne, intenta definir la personalidad de Francisco Aquiles Bazaine, da un bosquejo que para ser exacto reclamaría ciertos retoques. En el cuadro de Pierre de la Gorce, el mariscal francés es el hombre que aparentando respeto oculta su desdén, “posee un egoísmo implacable que no persigue sino su propia fortuna”, y trata además con gran habilidad de cargar todas sus faltas en la cuenta de Maximiliano.

Es muy curiosa la postura de nuestro historiador, en vez de encontrar compleja la psicología de Maximiliano, es la de Bazaine la que lo desconcierta.

Todo se complica en la naturaleza misma del hombre que es el órgano de Napoleón. ¿Qué analista sería bastante penetrante para sondear hasta en sus más íntimos repliegues el alma a la vez mediocre y calculadora de Bazaine? . . .²²

En este drama Napoleón resulta un soñador, un pobre soñador, que secundado por un grupo de funcionarios franceses no acierta a comprender los males de que era víctima el país que pretendió dignificar.

Cuando ante la amenaza de la Unión restaurada, Napoleón creyó que había llegado el momento de emprender la retirada, Maximiliano se rehusó a regresar entre los fardos del ejército francés. Su aventura en México podía culminar “en tragedia pero

²¹ *Charlotte de Belgique Impératrice du Mexique*. Ob. cit., p. vii.

²² Ob. cit., p. iv.

no en *vaudeville*". En este aspecto tiene razón La Gorce, pero le falta penetración cuando declara que fue el sentimiento del honor el que obligó a Maximiliano a no soltar el cetro. En verdad fue la ambición de mando la que llevó definitivamente al archiduque al último acto del drama en el que perdería la existencia.

Liquidado el asunto de Querétaro, La Gorce dirige su mirada hacia Europa, para encontrar allí la imagen desolada de una princesa, que vivía aún en el momento en que el historiador francés escribía su ensayo. Figura indiscutiblemente dramática, se presta admirablemente para trazar un epílogo patético y magistral.

Yo no sé si me equivoco, pero me parece que en el porvenir todo lo que fue la pobre princesa: cualidades y defectos, se fundirán en la imagen única: la de su inmensa desgracia. Ella aparecerá como otra Ofelia que espera a su Shakespeare, pero una Ofelia más sombríamente trágica porque sus días se prolongan hasta la extrema ancianidad, como si la muerte misma vacilase en apoderarse de ella. Sucede a veces que al pasar un ciclón que ha arrancado todo, un árbol, una columna, un fragmento de muro subsiste, como para testimoniar cómo fue. Cosa igual ha pasado con la emperatriz Carlota. Del drama de México todos los actores han perecido, Maximiliano fusilado, Napoleón muerto en el exilio, Bazaine miserablemente hundido en la sombra. Todo ha sido nivelado en las degradaciones de la mala fortuna y de la muerte. Ella, ella permanece sola, fragmento inconsciente e insensible que el tiempo no se decide a abatir. ¿Debe llamarse supremo beneficio o supremo infortunio al misterioso designio de Dios que le ha arrancado la facultad de recordar el pasado?

Con menor profundidad que Pierre de la Gorce, pero con una elegancia que le da un puesto de honor entre los literatos de Francia, Pierre de Lano hizo interesantes estudios sobre Luis Napoleón Bonaparte y Eugenia de Montijo. Las obras denominadas *La cour de Napoléon III*, *L'Impératrice Eugénie*, *L'Empereur Napoléon III* le valieron al cultivador de la historia anecdótica, un éxito literario pocas veces logrado. Si no se propuso hacer una historia rigurosamente científica, es indiscutible que en sus descripciones está el trasunto de una época. Entre algunos de los hombres más serios de la intelectualidad porfirista, los libros de Pierre de Lano fueron objeto de una estimación especial.

